

III.

El conde de Albon procuraba activar todo lo posible sus asuntos para volver al lado de su familia; en las primeras cartas, Ursula le hablaba con entusiasmo de la familia vecina á su castillejo, y le alababa la bondad y nobles cualidades de la madre, y el bello carácter de Hugo, no ménos que su vasta instruccion.

El nombre de Hugo sobresaltó al Conde; así se llamaba el que puso el billete en el ramillete que habian llevado á su mujer.

En la segunda carta, la Condesa se ocupaba ménos de Hugo; en la tercera ni siquiera le nombraba.

El Conde, lleno de una zozobra mortal con estos sintomas alarmantes, y que á él, como hombre de mundo, le eran muy conocidos, dejó un encargado para sus negocios, y se embarcó en una fragata que salia para Francia.

Del puerto corrió sin descanso á la casa de campo donde habitaba su familia, y preguntó por su mujer.

Le dijeron que estaba en el parque, y, arrojando la brida del caballo á su criado; se dirigió al parque.

Sus hijos jugaban á la sombra de los viejos árboles: Ursula, sentada á pocos pasos de ellos, tenia la frente entre las manos, y seguia, con una mirada desolada y fija, las hojas secas que barria el viento de aquella tarde de otoño.

—¡Papá! gritó uno de los niños, corriendo hácia su padre.

—¡Papá! repitió Antonieta, corriendo también hácia él. ¡Ven! ¡Ven! ¡Aquí está mamá!

Ursula dejó escapar un grito desgarrador; se puso de pié como movida por un resorte, y en seguida se dejó caer de rodillas, mirando á su marido con los ojos dilatados por el espanto.

El aya de los niños, que andaba herborizando con un libro de botánica en la mano, acudió al grito de la Condesa, y, comprendiendo que algo muy terrible pasaba allí, reunió á los niños y se los llevó silenciosamente.

El Conde midió á su mujer con una ojeada de sangriento desprecio, y luego, alzando sobre ella su brazo, murmuró roncamente:

—¡Miserable!

Nada habia tenido que preguntar; la falta estaba allí, acusadora, terrible, sin negacion posible, á la vista del ofendido esposo.

La desgraciada mujer no se movió; el Conde pa-

só la mano por su frente, consiguió serenarse por un violento esfuerzo, y dijo:

—¡Levantáos!

Ursula obedeció.

—Muy cambiada estais, dijo el Conde trás una pausa con una amargura fria y concentrada; ¡más feliz y más bella os dejé! ¿Qué ha hecho por vos, más que yo, ese hombre de quién sin saberlo vos, os habia ya librado?

Ursula no respondió; todo su cuerpo temblaba como sacudido por la fiebre y el terror.

—No tembleis, prosiguió el Conde; escuchadme y separémonos lo ántes posible; esta escena nos mata á os dos, y yo quiero vivir para mis hijos. ¡Desde hoy, sois viuda, y libre; ahora ireis á encerraros en vuestro cuarto; yo me llevaré á mis seis huérfanos; os dejo este castillo, y cuatro mil francos de renta anual; hoy es casi todo lo que poseo; pero en tanto que se arrega mi herencia de la Martinica, trabajaré para mis hijos; por el vuestro... ¡Ya mirará su padre, como es natural!

Ursula respondió sólo con un ronco sollozo.

—Dentro de algunas horas, prosiguió el Conde, salgo para París; quedad con Dios, y él os perdone.

—¿Os llevais á mis hijos? gritó la Condesa, levantándose con la energía de la desesperacion.

El Conde en vez de responderle, fijó sobre ella la misma mirada fúnebre y cubierta de sangre con

que ya la habia envuelto como un velo de muerte; y luego, como si no pudiera soportar la vista de la mujer á quien tanto habia amado, huyó de aquellos sitios.

La Condesa corrió detrás de él; pero su marido entró en su habitacion y cerró por dentro pasando el cerrojo.

Ursula, medio loca de terror, fué al cuarto de sus hijos; pero éstos no se hallaban allí, sino en el de su padre, á donde, desde el parque, los habia conducido el aya.

La Condesa se arrodilló junto á aquella puerta cerrada, llorando las últimas lágrimas que aún quedaban en sus ojos.

Por la tarde se abrió aquella puerta: el Conde, vestido de viaje, salió delante; detrás de él iban los seis niños con el aya; todos estaban vestidos de camino.

A la vista de su mujer, aniquilada por un dolor mortal, el Conde se puso pálido como un cadáver.

—Hijos míos, dijo, abrazad á vuestra madre; se queda aquí porque está enferma.

—¡Yo me quiero quedar contigo, mamá! dijo la rubia Antonieta.

—¡No, hija mia, no! murmuró Ursula; véte con tu padre y tus hermanos; yo debo quedarme sola aquí.

Los seis niños abrazaron sin lágrimas á Ursula;

estaban tan contentos! ¡Acababan de hallar á su patrás una larga ausencia, y además iban á París.

Su madre, silenciosa y desesperada hacia algunos meses, les olvidaba, y ya no era el objeto de su tierna predileccion.

La niñez, como la vejez, es egoista; sólo la juventud, como la edad de las pasiones, es generosa y está llena de abnegacion.

Alejóse en dos coches de camino toda la familia de Ursula, y ésta, al dar la vuelta los carruajes en una eminencia que la robaba á su vista, cayó de rodillas, y alzando los ojos y las manos, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Ya sólo me quedais vos!

IV.

• La madre de Hugo vino á ver la condesa de Albon, que la recibió con frialdad; el recuerdo del amante quedaba en aquella alma dolorida como una mancha negra.

—Nadie os ama y os compadece como yo, pobre hija mia, le dijo la anciana señora; la criatura que vais á dar á luz, es todo lo que me resta en el mundo, pues mi hijo, ingrato para vos, no lo ha sido menos para mí; no sé donde está, ni me escribe; en cuanto á vos, permitidme que me cuide de lo que os conviene, y, sobre todo, de lo que conviene á la dignidad; no estais separada judicialmente de vuestro esposo, y por lo mismo llevais su nombre; cuidemos de los restos de su honor, tan cruelmente despedazado; vos, hija mia, no podeis dar á luz en la casa que ha sido de los padres de vuestro marido, á esta infeliz criatura que vá á nacer; yo he escogido para que nazca un asilo humilde, pero seguro; así que os sintais mal, avisadme.

Ursula no pudo menos de agradecer á la madre

de su seductor aquella delicadeza, y aceptó su proposición; cuando los primeros síntomas del parto se presentaron, ambas mujeres marcharon á Lyon, á donde llegaron ya entrada la noche, dirigiéndose en seguida á una de las más retiradas calles de la ciudad.

Cuando Ursula bajó del carruaje que las había conducido, vió sobre la puerta, donde se había detenido, una muestra de comerciante en sedas, y debió este nombre y apellido;

CLÁUDIO LESPINASSE.

La anciana llamó, y una mujer de fisonomía placida y bonachona, vino á abrir.

—¿Nos esperábais, señora Brígida? preguntó la madre de Hugo.

—Sí, señora, contestó la interpelada; mi marido y yo, prevenidos por vuestra carta, estábamos hablando ahora de vuestra llegada: todo está preparado; subid, señoras, subid.

Las dos damas pasaron por la tienda, que era pequeña y antigua; atravesaron la trastienda, y subieron por una escalera estrecha, que conducía á un descansillo donde se abrían varias puertas.

Una de ellas era de una salita muy modesta; en el centro había una mesa, y sentado á ella, acabando de cenar, un hombre como de cincuenta años, en cuya casa se leía la paz de una vida laboriosa y de una conciencia tranquila.

Sus cabellos, ya grises, estaban peinados con esmero, y guarnecían una fisonomía inteligente y en la que se veía impresa la nobleza de una alma recta y bondadosa.

—Mi querido Sr. Claudio, dijo la madre de Hugo; ante todo quiero daros mil gracias, así como á vuestra digna esposa, por la complaciente bondad con que os habeis prestado á concedernos el inmenso favor que os he pedido. Dios os premiará esta buena obra que habeis de añadir al largo catálogo de las que habeis practicado en vuestra vida.

—No necesito más recompensa que el placer de seros útil en algo, señora, contestó el buen mercader; soy tan dichoso cuanto puedo serlo; mis dos hijas están bien casadas; mi hijo es la honra de mi casa y el que sostiene su crédito; todos tres nos respetan y nos aman á mi esposa y á mí para pagarnos el amor que les tenemos y el constante buen ejemplo que les hemos dado; cuando se ha caminado, como nosotros, dos tercios de la vida, se llega al fin del último sin sobresalto, sin ambición, con la paz en el alma y la sonrisa en los labios.

Ursula suspiró; aquella apacible y humilde existencia formaba el contraste más doloroso con su amarga situación.

La señora Brígida encendió una bugía y condujo á las dos señoras á una salita del piso segundo, en la que había una cama muy cómoda y muy bien mu-

llida, y un mueblaje modesto, pero brillante de limpieza.

En el centro de la estancia y en una mesa redonda, habia servida un sencilla colacion.

Ante el alegre fuego que ardia en la chimenea, una cafetera dejaba oír ese agradable rumor del agua en ebullicion que espera el aromático té para convertirlo en una deliciosa bebida.

Todo estaba preparado con vigilante esmero; además de dos bugias colocadas en la mesa de la colacion, ardia sobre la chimenea un lamparilla; una cuna de caoba, muy sencilla, situada junto al lecho, mostraba su colchoncito de pluma y su blanca ropita de tela de hilo, semicubierta con una colcha de seda color de rosa.

Aquella estancia parecia más la cámara conyugal de una esposa casta y honrada, que la habitacion donde una mujer culpable iba á dar á luz un hijo adulterino.

La anciana señora tomó algun alimento, y Ursula, acosada ya con violentos dolores, se recostó en el lecho.

—No hace falta ni aún la intervencion del médico, dijo la señora Lespinasse; yo entiendo lo bastante para ayudar y servir á la señora; para cuando se le avise hay un sacerdote dispuesto; yo llevaré al recién nacido, y vos, señora, sereis la madrina.

Algunas horas despues, la condesa de Albon dió á luz una niña.

Así que rayó el dia, la misma señora Brigida salió y volvió con una nodriza; y en seguida se bautizó en la iglesia de San Pablo la recién nacida, con los nombres de JULIA LEONOR DE LESPINASSE.

Al dia siguiente, la madre de Hugo aseguró á su nieta, por inscripcion depositada en casa de un notario de Lyon, 300 libras de renta anual, única cantidad de que libremente podía disponer.

Ursula volvió á su castillo; la nodriza, con la niña, á su pobre casa; y la madre de Hugo marchó precipitadamente á Alemania para recoger el último suspiro de Hugo, herido peligrosamente en un desafío con el conde de Albon, que le habia perseguido. La pobre madre ya no le vió; murió impenitente y sin pensar en su hija; la pena de la anciana fué tan terrible, que en aquella tierra extranjera, que encerraba la sepultura de su hijo, abrieron tambien la suya, cuatro meses despues; acaso ofreció á Dios el sacrificio de sus últimos dias, para rescatar el alma de su hijo de la impenitencia final en que habia muerto, que á tanto llega el amor de una madre.

Pidió que la sepultasen al lado de su hijo Hugo; y una pobre hermana de la caridad, que habia velado su agonía, iba cada domingo á colocar dos hermosas coronas sobre aquella doble tumba.